

*Otra vez más, y como debe ser:
para ti, Lucía*

Nota del autor

Acogiéndome a ciertas libertades poéticas, en esta novela he citado, con mayor o menor extensión, textos de Virgilio Piñera, Severo Sarduy, Dashiell Hammett, Abilio Estévez, Antonin Artaud, Eliseo Diego, Dalia Acosta y Leonardo Padura, además de varios documentos officiosos y algunos pasajes de los Evangelios. En más de una ocasión los transformé y en otras hasta los mejoré, y casi siempre les suprimí las comillas que antes se usaban en tales casos¹.

Por otra parte, quiero agradecer el tiempo y el talento que invirtieron en la lectura y revisión de los originales del libro a los siguientes amigos: Lourdes Gómez, Ambrosio Fonet, Alex Fleites, Norberto Codina, Arturo Arango, Rodolfo Pérez Valero, Justo Vasco, Gisela González, Elena Núñez y, por supuesto, Lucía López Coll. Finalmente, como siempre, advierto que los personajes y eventos de este libro son obra de mi imaginación, aunque se parezcan bastante a la realidad. Mario Conde es una metáfora, no un policía, y su vida, simplemente, transcurre en el espacio posible de la literatura.

¹ Los juegos intertextuales son muy corrientes en toda la obra literaria de Leonardo Padura, y no solo afectan a los poetas, narradores o dramaturgos que cita en esta nota de autor, sino a más escritores no recogidos aquí, músicos, intelectuales, políticos, etc. La obra del cubano está llena de guiños a la cultura, al arte y a la historia no solo de Cuba, sino de todo el contexto occidental, como ya se ha puesto de manifiesto en numerosas ocasiones (Gutiérrez, 2019; Esteban, 2019; Esteban, 2018; Villoria, 2017; Hammerschmidt, 2014; Zayas, 2000).

VERANO DE 1989

PEDAGOGO: [...] No, no hay salida posible.

ORESTES: Queda el sofisma.

PEDAGOGO: Es cierto. En ciudad tan envanecida como esta², de hazañas que nunca se realizaron, de monumentos que jamás se erigieron, de virtudes que nadie practica, el sofisma es el arma por excelencia. Si alguna de las mujeres sabias te dijera que ella es fecunda autora de tragedias, no oses contradecirla; si un hombre te afirma que es consumado crítico, secúndalo en su mentira. Se trata, no lo olvides, de una ciudad en la que todo el mundo quiere ser engañado.

VIRGILIO PIÑERA, *Electra Garrigó*, acto III

Ante todo importa admitir que, al igual que la peste, el teatro es un delirio y es contagioso.

ANTONIN ARTAUD, *El teatro y su doble*

Todos usamos máscaras.

BATMAN

² En el original, «ésta». Se han actualizado todos los pronombres demostrativos, el adverbio «solo» y algunos otros términos, adaptándolos a las normas vigentes de la RAE, omitiendo la tilde excepto en casos de ambigüedad.

El calor es una plaga maligna que lo invade todo. El calor cae como un manto de seda roja, ajustable y compacto, envolviendo los cuerpos, los árboles, las cosas, para inyectarles el veneno oscuro de la desesperación y la muerte más lenta y segura. Es un castigo sin apelaciones ni atenuantes, que parece dispuesto a devastar el universo visible, aunque su vórtice fatal debe de haber caído sobre la ciudad hereje, sobre el barrio condenado³. Es el martirio de los perros callejeros, enfermos de sarna y desamparo, que buscan un lago en el desierto; de esos viejos que arrastran bastones más cansados que sus propias piernas, mientras avanzan contra la canícula en su lucha diaria por la subsistencia; de los árboles antes majestuosos, ahora doblegados por la furia de los grados en ascenso; de los polvos muertos contra las aceras, añorantes de una lluvia que no llega o un viento indulgente, capaces de revertir con su presencia aquel destino inmóvil y convertirlos en lodo o en nubes abrasivas o en tormentas o en cataclismos. El calor lo aplasta todo, tiraniza al mundo, corroe lo salvable y despierta solo las iras, los rencores, las envidias, los odios más infernales, como si su propósito fuera provocar el fin de los tiempos, la historia, la humanidad y la memoria... ¿Pero cómo puede hacer

³ El calor va a constituir un símbolo en buena parte de la novela, asociado a los aspectos negativos de la vida de los personajes y a la evolución de las investigaciones de Conde acerca del caso que se va a plantear en las próximas páginas. Solo cuando caiga la lluvia se hará referencia a una ciudad más habitable, y algunos de los datos escondidos verán la luz.

tanto calor, coño?, susurró mientras se quitaba los espejuelos oscuros para secar el sudor que le ensuciaba la cara y escupía hacia la calle una saliva gruesa y escasa que rodó sobre el polvo demasiado sediento.

El sudor le ardía en los ojos, y el teniente Mario Conde miró hacia el cielo, para clamar por la piedad de alguna nube propicia. Y fue entonces cuando los gritos de júbilo atraparon su cerebro. Volaban trayendo una algarabía densa, de coro ensayado, que se expandió como si hubiera brotado de la tierra y se deslizara contra el calor de la tarde, se irguiera por un momento sobre el rugido de los autos y los camiones que corrían por la Calzada, y se abrazara taimadamente a la memoria del Conde. Pero solo al llegar a la esquina, los vio: mientras un grupo festejaba, saludándose con palmadas y más gritos, otros discutían, también en voz alta y con caras de buenos enemigos, culpándose mutuamente por la misma razón que los otros eran tan felices: estos perdieron y aquellos ganaron, concluyó con facilidad cuando se detuvo a mirarlos. Había muchachos de varias edades, entre los doce y los dieciséis, de todos los colores y de todas las trazas, y el Conde pensó que si alguien como él, veinte años antes, se hubiera parado en esa misma esquina del barrio al escuchar una algarabía similar, hubiera visto exactamente lo que él veía: muchachos de todos los colores y todas las trazas, solo que ese, el que más discutía o festejaba, seguramente hubiera sido el Condesito, el nieto de Rufino el Conde. De pronto se respiraba la ilusión de que allí no existiera el tiempo, porque aquella bocacalle precisa había servido desde entonces para jugar pelota, aunque en ciertas temporadas apareciera, alevoso y traicionero, un balón de fútbol, o un aro de básquet clavado en el poste de la electricidad. Pero al poco tiempo la pelota —al bate, a la mano, al cuatroesquinas, a los tres *rolling-un-fly* o la pared— volvía a imponerse, sin demasiadas controversias, sobre esas modas pasajeras: la pelota los contagió, como una pasión crónica, y

el Conde y sus amigos la habían sufrido en proporciones virulentas⁴.

A pesar del calor, las tardes de agosto siempre habían sido las mejores para jugar pelota en la esquina. La época de las vacaciones propiciaba que todo el mundo estuviera a todas horas en el barrio, sin nada mejor que hacer, y el sol sobreexcitado del verano permitía jugar hasta más allá de las ocho de la noche, cuando algún partido de veras lo merecía. Últimamente, sin embargo, el Conde había visto pocos juegos de pelota en la esquina. Los muchachos parecían preferir otras diversiones menos enérgicas y malolientes que esa de correr, batear y gritar, durante varias horas, bajo el sol calcinante del verano, y él se preguntaba qué harían los muchachos de ahora en las tardes largas de agosto. Ellos no: ellos siempre jugaban pelota, recordó, y recordó que de

⁴ La afición a la pelota (o béisbol) de Conde y sus amigos es paralela a la del propio autor, y resume el ambiente que reina en Cuba en relación con la práctica de ese deporte. Padura ha escrito páginas memorables sobre el béisbol, tal como lo han hecho también otros escritores, intelectuales y académicos cubanos como Wenceslao Gálvez y Delmonte, amigo de Julián del Casal en el fin del siglo XIX, Ignacio Sarachaga, José María de Quintana, Julián del Casal, Enrique José Varona, Alejo Carpentier, Pablo de la Torriente Brau, Nicolás Guillén, Eliseo Alberto, Amado del Pino, Roberto González Echevarría, Félix Julio Alfonso López o Carlos Esquivel. El texto más conocido de Padura es «La pelota en Cuba: cultura e identidad en trance», publicado en su libro de ensayos selectos *Yo quisiera ser Paul Auster* (2015), que recoge el contenido de una conferencia pronunciada por el autor en octubre de 2012, como clausura al ciclo «Deporte y cultura en Cuba», organizado por la Fundación Alejo Carpentier. Padura cita las palabras de Wenceslao Gálvez escritas en los últimos años del siglo XIX en las que el historiador aseguraba que el terreno de juego del béisbol desaparecerá en Cuba después de las vallas de los gallos o las plazas de toros, porque su arraigo en la sociedad cubana, ya en el siglo XIX, es absoluto. A continuación hace un recorrido por los aspectos identitarios de la sociedad cubana que coinciden con dicho deporte y concluye aceptando que a comienzos del siglo XXI se ha producido una pérdida del arraigo del béisbol en Cuba, paralela al interés creciente por el fútbol internacional.

ellos ya no quedaban muchos en el barrio: mientras unos entraban y salían de la cárcel por delitos mayores y menores, otros se habían mudado para sitios tan disímiles como Alamar, Hialeah, Santiago de las Vegas, Union City, Cojímar o Estocolmo⁵, y hasta tenían a uno con billete sin vuelta hacia el Cementerio de Colón: pobre Marquitos. Por eso, aunque quisieran y tuvieran fuerzas en las piernas y resistencia en los brazos para hacerlo, los de entonces ya nunca podrían organizar otro piquete de pelota, allí en la esquina: porque la vida había devastado aquella posibilidad, como tantas otras.

Cuando la discusión y el festejo terminaron, los muchachos decidieron celebrar otro partido y los dos líderes evidentes del grupo se dispusieron a escoger a los jugadores de cada equipo para redistribuir las fuerzas y continuar la guerra en condiciones más equitativas. Entonces el Conde tuvo una idea: les pediría jugar. Se sentía macerado por las ocho horas de trabajo en la Oficina de Información de la Central de Policía, pero solo eran las seis de la tarde y prefería no regresar aún al calor solitario de su casa. Lo mejor que podía hacer era ponerse a jugar pelota. Si lo dejaban.

Se acercó al grupo, que estaba alrededor de la tabla escogida como *home-plate*, y llamó al hijo del negro Felicio. Felicio fue uno de los que siempre jugaron con él y, por el tiempo que el Conde llevaba sin verlo, supuso que otra vez

⁵ El fenómeno de la diáspora, que comenzaba a aparecer en las novelas escritas en el periodo especial, se haría omnipresente en la vida y en la obra de muchos escritores, intelectuales y artistas del siglo presente. En las primeras novelas de Padura, las de *Las Cuatro Estaciones*, se manifiesta de un modo leve y sutil, como en estas líneas, pero en las novelas del siglo XXI cada vez ocupará un lugar más relevante, hasta el clímax desarrollado en la última, hasta ahora, producción del cubano, *Como polvo en el viento*, narración que cuenta las peripecias de un grupo de amigos que desarrollaron una vida universitaria en los setenta, comenzaron a dispersarse por Europa y América en los noventa y fueron testigos de las cenizas de aquella amistad en la primera y segunda décadas del siglo XXI.

estaría preso. El muchacho era tan negro como su padre y había heredado también aquel olor a sudor, abrasivo y amargo, que el Conde conocía de memoria, pues él tenía la facultad de adquirirlo siempre que andaba con Felicio.

—Rubén —le dijo entonces al negrito, que lo miraba extrañado—, ¿tú crees que pueda jugar un rato con ustedes?

El muchacho siguió observándolo como si no lo hubiera entendido, y luego miró hacia sus amigos. El Conde pensó que se imponía una explicación.

—Hace tiempo que no juego y me dieron ganas de coger unas cuantas pelotas...

Entonces Rubén se acercó a los otros jugadores, para no cargar él solo con el peso de la decisión. En este país es mejor consultarlo todo, pensó el Conde, mientras esperaba el veredicto. Las opiniones parecían divididas y el acuerdo demoró más de lo previsible.

—Está bien —dijo al fin Rubén, en su función de intermediario, pero ni él ni los otros parecían complacidos ante aquella concesión.

Mientras discutían la formación de los equipos, el Conde se quitó la camisa y dobló dos veces los bajos de sus pantalones. Por suerte, ese día no había llevado la pistola al trabajo. Puso la camisa sobre el muro de la casa donde había vivido el gallego Enrique —muerto él también, hacía diez, ¿veinte?, ¿mil años?—, y al fin le dijeron que era del equipo de Rubén y que iba a servir al campo. Pero, al verse rodeado de los muchachos, sin camisa como ellos, el Conde sintió la evidencia de que todo resultaba demasiado absurdo y forzado: percibía en la piel la mirada socarrona de los jóvenes y pensó que tal vez debían de verlo como al primer misionero llegado a una tribu remota: era un extraño, con otras palabras y otras costumbres, y no le sería fácil integrarse a aquella cofradía que no lo había solicitado, ni lo quería, ni podía entenderlo. Además, todos aquellos muchachos debían de saber que él era policía y, respondiendo a la ética ancestral del barrio, no les resultaría especialmen-

te grato que otros los vieran en tales confianzas con el Conde, por muy amigo que hubiera sido de sus padres o hermanos mayores. Sí, había ciertas cosas que no cambiaban en la esquina.

Mientras los de su equipo avanzaban a cubrir sus posiciones, el Conde recogió su camisa y se acercó a Rubén. Quiso pasarle el brazo por los hombros, pero se contuvo al presentir el contacto de su piel con la capa de sudor que cubría al muchacho.

—Discúlpame, Rubén, pero me acordé de que me van a llamar por teléfono. Otro día jugamos —le dijo.

Y se alejó hacia la Calzada, sintiendo que el sol, rojo, impío, ubicado ya a la altura de sus ojos, le quemaba el cuerpo y el alma. Sobre su cabeza pudo ver la espada en llamas que le indicaba la salida irreversible de aquel paraíso irremisiblemente perdido que había sido suyo, y ya no era ni volvería a ser. Si aquella esquina no le pertenecía, ¿quedaba algo bajo su título de propiedad? La lacerante sensación de ser ajeno, forastero, distinto, lo envolvió con tanta fuerza que el Conde tuvo que contenerse y aferrarse a las últimas virutas de su orgullo para no echarse a correr. Y solo entonces, al recuperar plenamente la conciencia del calor impropio para estar corriendo en la esquina, comprendió la razón pura por la que no habían querido aceptarlo: Cómo no me di cuenta, estos cabrones están jugando dinero...

—¿Qué te pasa, salvaje?

—No sé. Creo que estoy cansado.

—Qué calor, ¿verdad?

—Del carajo.

—Tienes cara de mierda, tú.

—Me lo imagino —admitió el Conde, tosió y escupió por la ventana hacia el patio de la casa. Desde su silla de ruedas el Flaco Carlos lo observó y alzó los hombros. Sabía que cuando su amigo se comportaba así, lo mejor era igno-

rarlo. Siempre había dicho que el Conde era un cabrón sufridor, un incorregible recordador, un masoquista por cuenta propia, un hipocondriaco a prueba de golpes y el tipo más difícil de consolar de los que había en el mundo, y ese día no parecía tener deseos de invertir tiempo y neuronas en desentrañar el ataque de melancolía aguda que sufría su amigo.

—¿Quieres poner música? —le preguntó entonces.

—¿Tú quieres?

—Era un decir. Por hacer algo, ¿no?

El Conde se acercó a la larga hilera de casetes que ocupaban el paño superior de los estantes. Recorrió con la vista los títulos e intérpretes, y casi ni se asombró esta vez del ecléctico gusto musical del Flaco.

—¿Qué te gustaría oír? ¿Los Beatles? ¿Chicago? ¿Fórmula V? ¿Los Pasos? ¿Creedence?

—Anjá, Creedence —fue otra vez el acuerdo: les gustaba oír la voz compacta de John Fogerty y las guitarras primitivas de Creedence Clearwater Revival⁶.

—Sigue siendo la mejor versión de *Proud Mary*.

—Eso ni se discute.

—Canta como si fuera un negro, o no: canta como si fuera Dios, qué coño.

⁶ Los Creedence se dan cita en todas las novelas del cubano en las que el protagonista es Mario Conde. Policía y escritor son verdaderos admiradores de la música de aquel grupo mítico, con la voz de John Fogerty y las «guitarras primitivas». El 30 de octubre de 2017, la Universidad de Guadalajara publicó «Diez padurianas», es decir, varios textos breves que condensaban el mundo literario de las novelas del de Mantilla. La segunda de ellas aseguraba lo siguiente: «En mi silencio de palma sola, decía el detective Mario Conde, se condensan los tumbadores sonos del Compay Segundo, la trova de Silvio Rodríguez, que de tan panfletaria se volvió poética, y la cavernosa voz de John Fogerty del Creedence Clearwater Revival, que en su disfonía pantanosa me anuncian: que al final de mi guerra, de mis horas, de mi día, hay una mulata esperando en el Malecón con mis deseos untados en la piel» (<<http://www.gaceta.udg.mx/diez-padurnianas-por-padura/>>).

—Sí, qué coño —dijo el otro, y se sorprendieron mirándose a los ojos: en el mismo instante los dos habían sentido la agresiva certeza de la reiteración morbosa que vivían. Aquel mismo diálogo, con iguales palabras, lo habían repetido otras veces, muchas veces, durante casi veinte años de amistad, y siempre en el cuarto del Flaco, y su resurrección periódica les provocaba la sensación de que penetraban en el reino encantado del tiempo cíclico y perpetuo, donde era posible imaginar que todo es inmaculado y eterno. Pero muchas señales visibles, y otras tantas agazapadas tras la vergüenza, el miedo, el rencor y hasta el cariño, advertían que lo único permanente era la voz grabada de John Fogerty y las guitarras de Creedence: la calvicie amenazante del Conde y la gordura enfermiza del Flaco, que ya no era flaco; la tristeza compacta de Mario y la invalidez irreversible de Carlos eran, entre otras miles, pruebas demasiado fehacientes de un desastre lamentable y para colmo ascendente.

—¿Hace días que no ves a Candito el Rojo? —le preguntó el Flaco cuando terminó la canción.

—Sí, hace una pila de días.

—La otra tarde vino por aquí y me dijo que había dejado el negocio de hacer zapatos.

—¿Y en qué está metido ahora?

El Flaco miró hacia la grabadora, como si de pronto algo en el aparato o en la canción lo hubiera distraído.

—¿Qué te pasa, bestia?

—Nada... Ahora tiene una piloto⁷ y vende cerveza...

El Conde movió la cabeza y sonrió. A varios kilómetros de distancia podía olfatear las intenciones de su amigo.

—Y me dijo que por qué no íbamos un día, tú y yo...

El Conde volvió a mover la cabeza y repitió la sonrisa.

⁷ Tener «una piloto» hace referencia a regentar un negocio ilegal, privado, no aprobado por el gobierno, que mantiene toda la actividad empresarial dentro del sector público en el periodo especial (Franken, 2009, 37).

—Tú sabes que yo no puedo ir a eso, Flaco. Eso es ilegal y si pasa algo...

—Ah, Mario, no jodas. Mira, con la clase de calor que hace hoy, la cara de mierda que tú tienes... y de aquí a casa de Candito es cerca... Unas cervecitas. Dale, vamos.

—No puedo, bestia. Coño, acuérdate que yo soy policía —dijo, levantando con los débiles brazos de su voluntad malherida unas banderas que clamaban S.O.S.—. No sigas Flaco.

Pero el Flaco siguió:

—Coño, yo estoy desesperado por ir y pensé que te ibas a embullar. Tú sabes que nunca salgo de aquí, estoy más aburrido que un sapo debajo de una piedra... Unas cervecitas frías. Por mi cumpleaños, ¿no? Y tú ya casi que ni eres policía...

—Pero qué clase de hijo de puta tú me has salido, Flaco. Si tu cumpleaños es la semana que viene.

—Está bien, está bien. Si tú no quieres, no vamos...

El Conde detuvo la silla de ruedas al llegar a la entrada del solar. Volvió a secarse el sudor, mientras observaba el pasillo flanqueado de puertas. Le pesaban los brazos por el esfuerzo de conducir las doscientas cincuenta libras de su amigo por más de diez cuadras, en las que debió ascender dos lomas con sus inevitables descensos. Al fondo del pasillo una lámpara parpadeante arañaba la penumbra y de las puertas abiertas de cada cuarto del solar brotaba el brillo de las pantallas de los televisores y las voces de los personajes de la novela de turno. «Dime, mamá, ¿quién es el culpable de todo lo que ha sucedido? Por favor, dímelo, mamá», rogaba alguien a quien seguramente le habían ocurrido cosas terribles en aquella vida por capítulos que pretendía parecerse a la otra vida. Entonces guardó el pañuelo y avanzó hacia la puerta de Candito, la única que permanecía cerrada. Mientras empujaba la silla de ruedas trató de es-

conder la cara entre los brazos: todavía soy policía, pensaba, acercándose a la tentación de aquellas cervezas clandestinas y el olvido fresco y apetecible que su acumulación le otorgaría.

Llamó y la puerta se abrió como si los estuvieran esperando. Cuqui, la mulatica que ahora vivía con Candito, solo había tenido que extender el brazo para hacer girar el picaporte. Como todos los vecinos del solar⁸, ella también veía la telenovela, y en su rostro apareció el asombro del personaje que al fin descubre toda la verdad. «Yo soy el culpable», pensó decir el Conde, pero se contuvo.

—Pasen, pasen —insistió ella, pero en su voz había la incertidumbre del personaje folletinesco: se negaba a creerlo, y tal vez por eso gritó, hacia el interior, sin dejar de observar a los recién llegados—: Candito, tienes visita.

Como en un teatro de títeres, Candito el Rojo asomó su cabeza azafranada entre las cortinas que ocultaban la cocina y el Conde comprendió el código: tener visita significaba algo diferente a tener clientes, y Candito debía salir con cuidado. Pero, al verlos, el mulato sonrió y avanzó hacia ellos.

—Coño, Carlos, lo convenciste —dijo, mientras estrechaba las manos de sus dos viejos compañeros del Preuniversitario.

—Yo te dije que venía y aquí estoy, ¿no?

—Bueno, cuelen, que todavía me queda algo. Oye, Cuqui, prepara un lasqueadito especial para los socios y deja la novela esa, anda. Si cada vez que la veo están hablando la misma cáscara...

Candito acomodó los muebles para que la silla del Flaco pudiera atravesar la sala, levantó la cortina que ocultaba la cocina y abrió la puerta que daba al patio: unas seis mesas, todas ocupadas, hicieron que el Conde se detuviera. Candito

⁸ En Cuba, un solar es una casa de vecinos en la que residen muchas personas en espacios más bien pequeños, conectados por patios, corredores, pasillos, y que ofrecen un aspecto de cierta pobreza o baja condición social.

lo miró a los ojos y asintió: sí, podía pasar. Pero, desde la cocina, el Conde observó por un momento a los clientes: casi todos eran hombres, solo tres mujeres, y trató de identificar algún rostro. El instinto lo hizo tocarse la cintura para advertir la ausencia de su pistola, pero se tranquilizó al no reconocer a nadie. Cualquiera de aquellos personajes podía haber tenido un diálogo previo con él en la Central de Policía y al Conde no le gustaba la idea de reencontrárselo en un sitio así.

Las mesas eran redondas, de mármol barato sobre patas de hierro, y en ellas se acumulaban las botellas vacías. Una lámpara de luz fría iluminaba el local y una grabadora pasaba, a todo volumen, canciones adoloridas de José Feliciano, cuya voz trataba de imponerse a la de los bebedores. Junto a un lavadero, dos tanques de metal sudaban su hielo contra el calor del ambiente. Candito avanzó hacia la mesa ubicada en un rincón, que ocupaban dos especímenes de aspecto temible. Les habló en voz baja. Los hombres asintieron y abandonaron sus asientos: uno era un rubio enorme, de más de seis pies y brazos larguísimo, con una cara poblada de tantos cráteres como la superficie lunar; el otro, más pequeño y de piel tan negra que parecía azul, debía de ser nieto directo y heredero universal del mismísimo hombre de Cromagnon: la teoría darwinista de la evolución se le reflejaba en su prognatismo exagerado y en aquella frente angosta donde brillaban las luces amarillas de unos ojos de animal selvático. Con un gesto, Candito el Rojo le pidió al Conde que acercara la silla de Carlos, y con otro indicó a los hombres que le sirvieran tres.

—¿Qué le dijiste a los cavernícolas esos? —murmuró el Conde mientras se sentaban.

—Tranquilo, Conde, tranquilo. Aquí estás de anónimo, ¿no? Esos son mis patas⁹ en el negocio.

⁹ *Pata*: en Perú y en Bolivia significa amigo, cómplice, y en Cuba puede utilizarse asimismo en ciertos ambientes populares con el mismo sentido, aunque no es una acepción generalizada en toda la Isla.

El Conde volvió la cara hacia el rubio grande que ya se acercaba con las cervezas, las ponía sobre la mesa y, sin hablar, se alejaba hacia los tanques.

—Son tus guardaespaldas, ¿no?

—Son mis patas, Condesito, y sirven para lo que sea.

—Oye, Candito —dijo entonces el Flaco—, ¿y a cómo está el laguer¹⁰?

—Depende, Carlos, según se consiga. Ahora mismo está complicado y lo puse a tres cañas. Pero lo de ustedes va por la casa, y eso sí que no se discute, ¿okey? —y sonrió cuando llegaba Cuqui con un plato rebosante de lascas de jamón, queso y galletas—. Está bien, negra, sigue en tu descarga con la novela esa —y la despidió con una caricia en las nalgas.

La frialdad de la cerveza produjo cierta paz en el espíritu acalorado del Conde, que lamentó haber bebido la primera botella casi sin respirar. Ahora solo le molestaba el volumen agresivo de la música y la sensación de desvalimiento que le provocaba estar de espaldas a los demás clientes, pero comprendía que Candito era quien debía mirar hacia el resto de las mesas y decidió despreocuparse cuando el rubio le cambió una vacía por otra llena. La eficiencia regresaba a la ínsula.

—¿Y en qué andas, Conde? —Candito bebió varios tragos cortos—. Hace rato que te me perdiste.

El Conde probó el jamón.

—Ahora estoy de tarugo, porque me suspendieron después de la bronca que tuve con un imbécil ahí. Me pusieron a llenar tarjetas y no me dejan ni asomarme a la calle... Y tú sí cambiaste tu onda completa.

Candito bebió un trago largo de su botella.

—Tiene que ser así, Conde, y tú lo sabes: lo que uno no puede es quemarse en ningún bisne. Lo de los zapatos esta-

¹⁰ *Laguer*: se refiere al tipo de cerveza Lager, de origen alemán, que es el modelo más fabricado en todo el mundo.

ba medio en candela y na, cambié el picheo. Tú sabes que la calle está durísima y que, si uno no tiene pesos, está fuera del juego, ¿no?

—Si te cogen en esto vas a tener líos. Por lo menos de una buena multa no te salva ni Dios... Y si a mí me cogen aquí, no salgo de tarugo por el resto de mi vida.

—No te pongas así, Conde, que yo te digo que no hay líos.

—Y tú sigues yendo a la iglesia, ¿no?

—Sí, a veces voy. Siempre hay que estar en buena con alguna gente... Como con la policía, por ejemplo.

—Déjate de comer mierda, Candito.

—Dejen eso, caballeros —intervino el Flaco—. Estos lagartos están que se parten. Dile que me traigan otro, Rojo.

Candito levantó el brazo e indicó:

—Tres más.

El rubio volvió a servirles. Ahora en la grabadora se oía la voz de borracho melodioso de Vicentico Valdés —aseguraba saber dónde estaban los aretes que le faltan a la luna¹¹— y, mientras bebía su tercera cerveza, el Conde sintió que se relajaba. Ser policía, durante más de diez años, le había engendrado tensiones que lo perseguían por todas partes. Solo en algunos lugares, como en la casa del Flaco, lograba despojarse de ciertas obsesiones y sentir la levedad visceral de los viejos tiempos, aquella época de la que hablaban ahora, cuando eran estudiantes en el Pre de La Víbora y los sueños de futuro eran posibles y frecuentes¹²,

¹¹ Vicentico Valdés (1921-1995) fue un músico cubano de carácter popular, que realizó sobre todo bolero y guaracha. Ya en los años treinta se instaló en Nueva York, donde desarrolló gran parte de su carrera artística. «Los aretes de la luna» es una de sus canciones más conocidas.

¹² Este es otro de los lugares comunes de las novelas de Padura en las que varios amigos se reúnen, que no son exclusivamente las de la serie de Mario Conde. En obras como *La novela de mi vida* o *Como polvo en el viento*, así como en la película *Regreso a Ítaca*, las reuniones de los amigos

porque entonces el Flaco era flaco y caminaba sobre sus dos piernas y no lo habían herido en la guerra de Angola, Andrés pretendía ser un gran pelotero, el Conejo insistía en reescribir la historia, Candito el Rojo lucía su efervescente y azafranado pelo afro y el Conde se dedicaba a sudar sobre una Underwood sus primeros cuentos de escritor abortado¹³.

—¿Te acuerdas, Conde? —le preguntó Candito, y Mario dijo que sí, también se acordaba de aquella historia tan simpática que ahora no había escuchado.

El rubio trajo la cuarta ronda de cervezas, y Cuqui el segundo plato de lasqueados, sobre el que se abalanzó el Flaco Carlos. El Conde se inclinó, para atrapar una lasca de jamón, cuando Candito se puso de pie, haciendo caer la silla que ocupaba.

—Hijoeputa —gritó alguien.

Sin tiempo para levantarse, el Conde volvió la cabeza y vio al mulato que, tapándose la cara, trastabillaba hacia atrás, como si huyera del rubio grande que estaba frente a él con una botella en la mano. Entonces el negro prehistórico se acercó por detrás del hombre, gritando hijoeputa, hijoeputa, y se afincó en sus piernas de simio de combate y le molió los riñones con una serie de ganchos rapidísimos que lo pusieron de rodillas. El rubio grande, mientras tanto, ya había dado la espalda a su compañero y miraba hacia

son básicas para el entendimiento y la valoración de la trama, y, en esas tertulias, uno de los temas recurrentes es el de las ilusiones perdidas. Se refiere el narrador siempre a la misma generación, la de aquellos que se formaron en los años setenta, cuando la revolución todavía creaba expectativas de futuro y de cambio no solo en Cuba sino en todo el contexto latinoamericano, reductos de esperanza que cada vez eran menores y que ya en los noventa se habían esfumado por completo.

¹³ Es este otro de los detalles que identifican o relacionan a Conde y a su entorno con Leonardo Padura: su pasión por la escritura literaria. Ya en los años setenta, el de Mantilla deseaba dedicarse al mundo de la escritura, como periodista, reportero o narrador.

el resto de las mesas, con las manos en la cintura, advirtiendo: El que se levante... Pero nadie más se había levantado.

El Conde, ya de pie, vio cómo Candito pasaba por su lado y llegaba frente al mulato penitente y lo agarraba por el cuello de la camisa. De una ceja del hombre brotaba la sangre, mientras el negro pequeño, del otro lado, lo sostenía por el pelo y con un cepillo de lavar en la otra mano lo golpeaba a la altura de la oreja.

—Déjalo ya —gritó Candito, pero el negro insistió con el cepillo—. Que lo dejes ya, coño —gritó y soltó la camisa del mulato para aferrarse a la mano del negro que solo entonces aflojó su garra. El Conde observó con interés casi científico el derrumbe del mulato macerado: cayó hacia su derecha y su cabeza sonó en el cemento como un coco seco. No, no habría aguantado mucho más.

Entonces el rubio caminó hacia la grabadora y cambió la casete: Daniel Santos era el nuevo invitado de la noche. Después, sin mayor prisa, fue en busca del mulato y lo sostuvo por las axilas, mientras el negro pequeño lo levantaba por los tobillos. Salieron por una puerta que estaba al fondo del patio y en la que el Conde no había reparado.

Candito miró hacia el resto de los clientes. Durante un minuto solo se oyó la voz de Daniel Santos.

—No ha pasado nada, ¿eh...? —dijo al fin—. Si alguien quiere más cerveza me la pide, ¿okey? —y levantó la silla que se había caído con la prisa del despegue.

El Conde ya se había sentado y el Flaco se secaba el sudor que había empezado a bañarlo en toda su gordura.

—¿Qué pasó, Rojo? —el Flaco bebió un larguísimo trago.

—No se preocupen. Como se dice: son gajes del oficio.

—El tipo venía por mí, ¿verdad?

Ahora fue Candito el que bebió de su cerveza y sin mirar escogió una lasca de queso.

—No sé, Conde, pero venía por alguien —respiraba sonoramente, sin dejar de masticar.

—¿Y cómo coño tú lo sabes, Rojo, si el tipo ni habló?
—el Flaco no salía de su asombro.

—No se puede dejar que hablen, Carlos, pero venía por alguien.

—Cojones, pero por poco lo matan.

El Rojo sonrió y se pasó la mano por la frente:

—Lo jodido de esto es que tiene que ser así, mi hermano. Aquí la que vale es la ley de la selva: el respeto es el respeto. Y ya ni ese ni ninguno de los que están aquí, ni ninguno de los que oigan el cuento de lo que pasó hoy aquí se vuelve a atrever.

—¿Y ahora qué van a hacer con él? —la curiosidad carcomía al Flaco, que bebía nervioso.

—Ponerlo a descansar hasta que se refresque. Y después de que pague lo que se tomó, lo mandamos para su casa, porque hoy le hace falta dormir temprano, ¿tú no crees?

El Flaco sacudió la cabeza, como si no entendiera algo y miró al Conde, que seguía en silencio, al parecer ensimismado en el bolero que cantaba Daniel Santos.

—¿Tú viste eso, salvaje?

—Claro que lo vi, bestia.

—¿Y tú entiendes algo?

—No. Por mi madre que cada vez entiendo menos...
Oye, Rojo, trae más cerveza, anda.